Walt Disney

El osito Winnie

WALT DISNEY

El osito Winnie

Adaptación: Michel Manière
Traducción: Victoria Esteban-Infantes

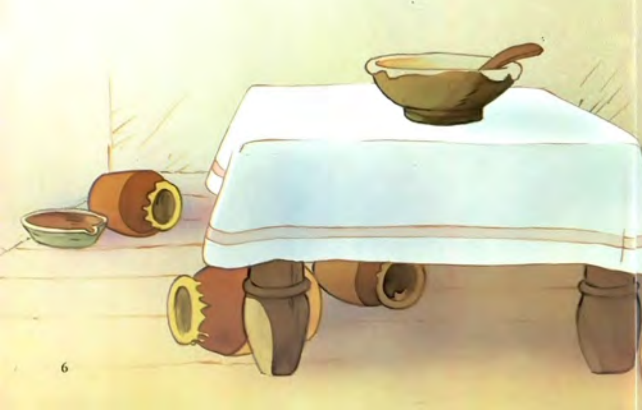
Ediciones Gaviota, s.a.
MADRID — ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© 1987 The Walt Disney Company
Ediciones Gaviota, S.A.
Reservados todos los derechos.
ISBN: 84-392-8437-3
Depósito legal: LE. 1005-1988
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S.A. - León

Winnie es un osito muy ocupado.
Por las mañanas, duerme hasta el mediodía.
Al despertarse, como el sueño le abre el apetito, come mucho, ¡muchísimo!
Después de comer se echa la siesta; ¡nada mejor para hacer la digestión tranquilamente!
Para cuando ha hecho la digestión ya son las seis, la hora de merendar; vuelve a comer, a digerir, a dormir...
Cuando se levanta ya son las nueve: la hora de cenar.
Come otra vez y ya es hora de acostarse.
¿Qué os decía yo? ¡Winnie es un oso muy ocupado!
Pues bien, ¿me creeríais si os dijera que con tantas ocupaciones aún tiene tiempo para reflexionar?

¿Qué será lo que le ronda ahora por la cabeza...?
¿Y si fuera en su barriga donde está el problema...?
Winnie se arma de valor y, sin pensarlo dos veces, entra en casa.
–¡Ya está! ¡Eso es! –grita–. ¡Ya lo tengo!
¿Qué es lo que tienes, Winnie?
–¡Una idea genial!
¿Y dónde estaba?
–¡En el fondo de mi tripa!
¿Y qué es lo que te dice?
–Dice así: “Hace por lo menos una hora que no he comido nada, ¡tengo hambre!”.
Y aquí tenemos a Winnie lamentándose: no queda un solo bote de miel en toda la casa. Grandes y pequeños, ¡todos están vacíos...!
¡Vacíos como su estómago!



Pero, afortunadamente, ¡llamándote Winnie sabes dónde encontrar miel sin necesidad de estrujarte el cerebro! Bastan unas patas ágiles y saber seguir a la señora Abeja hasta su casa...
Esta es su casa: el tronco de un árbol a ocho o diez metros del suelo. Winnie trepa por las ramas y se aproxima al preciado tesoro...
–¡Por todos los osos! ¡Qué bien huele esto!

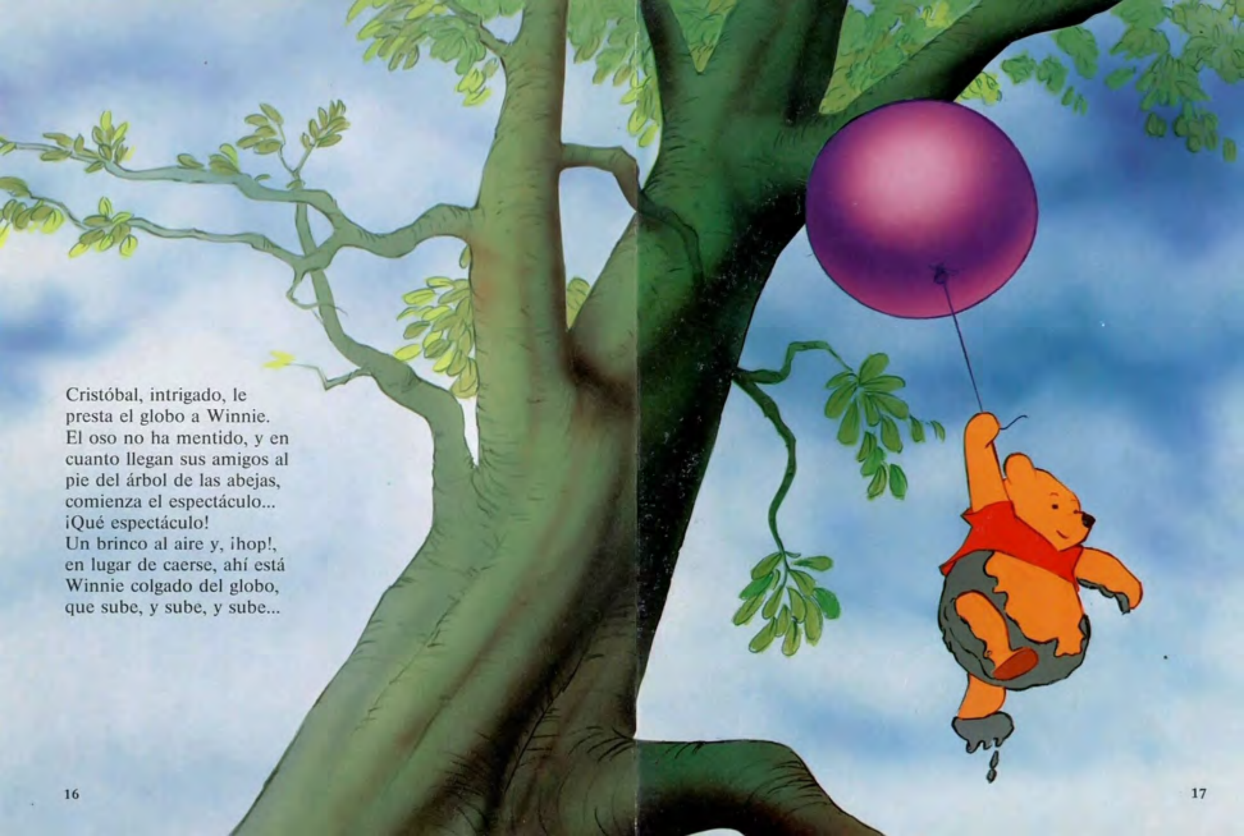
El pobrecillo ha debido hablar muy fuerte, pues, de pronto, la señora Abeja se vuelve y, ¡ZAS!, se lanza sobre su nariz... ¡y le da un tremendo picotazo!

—¡AAAY! ¡Socorro! ¡A mí! ¡Que me caigo! ¡Socorro! Me caigo, me caigo, me caigo...

"¡Y sin haber probado esa maldita miel!" va pensando él. "¡Morir con el estómago vacío sería muy triste! ¡El buen Dios de los osos no puede hacerme algo tan cruel!"

En el mismo bosque, a unos pasos de allí, sus amigos no tienen ni idea de lo que está ocurriendo.
Desde luego, Cristóbal, este jovencito tan imaginativo, tiene por el momento otras preocupaciones:
–¡Pero cómo, Igore! ¿Se te ha perdido otra vez la cola? ¡Ya te la he arreglado por lo menos diez veces! La última vez, te la había encolado...
–La vez anterior se la cosiste –comenta Búho–.
–Y antes de la anterior –recalca Cangu–, se la ataste con un suave cordel de algodón.
–Y antes de la anterior... –empieza Ro.
Pero Cristóbal les interrumpe:
–Hoy voy a clavártela –le dice al burrito–. Sé que te hará daño, pero es la única manera de sujetarla bien...

Cristóbal ha sido muy habilidoso, y el burrito..., muy valiente. ¡Ahora tiene una cola de las más sólidas! Todos se acercan para felicitarle...
¿Pero quién llega en este momento?
–¡El oso Winnie! ¡Pobre Winnie!
–¿Qué te ha ocurrido? –pregunta Cristóbal al verle tan sucio–. ¿Te has caído en un pilón de chocolate?
–¡Oh, no! –suspira Winnie–, me caí en el estanque de los patos. Es tan sucio como un pilón de chocolate, ¡pero menos apetitoso! Por cierto, ¡tengo un hambre canina! ¡Si pudieras prestarme tu globo!
–¿Mi globo? –grita el chico–. ¡No es de chicle!
Winnie se parte de risa.
–¡No quiero comérmelo! Sólo que me lo prestes. Préstamelo y vas a ver lo que vas a ver...



Cristóbal, intrigado, le presta el globo a Winnie. El oso no ha mentido, y en cuanto llegan sus amigos al pie del árbol de las abejas, comienza el espectáculo... ¡Qué espectáculo! Un brinco al aire y, ¡hop!, en lugar de caerse, ahí está Winnie colgado del globo, que sube, y sube, y sube...

—¡Ñam! ¡Ñam! —exclama Winnie, deslizando prudentemente el hocico dentro de la colmena—. Las abejas se han ido y yo me voy a hinchar... Dicho y hecho. ¡Qué comilona!

—¿Pero cómo vas a hacer para volver al suelo? —le preguntan los que se han quedado abajo.

—¡Nada más fácil! —responde el oso—. Cuando tenga el estómago lleno, ¡aterrizaré solito!

—¡Cuidado! ¡Winnie! ¡Cuidado!

El oso da media vuelta al oír los gritos de sus amigos.

—¡Hombre, la abeja de antes! —exclama él—. ¡Esta vez no me das miedo!

Pero la famosa abeja no ha venido sola: diez, veinte, treinta, cien, doscientas, trescientas abejas revolotean al mismo tiempo que ella.
—¡No temáis nada, hermanas mías! —les grita la reina—. Este ladrón de colmenas ¡sólo es un oso de peluche! Un picotazo de nada ¡y huye a toda prisa!
Al pobre Winnie le dan picotazos por todas partes: arriba, abajo, delante, detrás, ¡incluso por los costados! ¡Pero eso no es nada...!

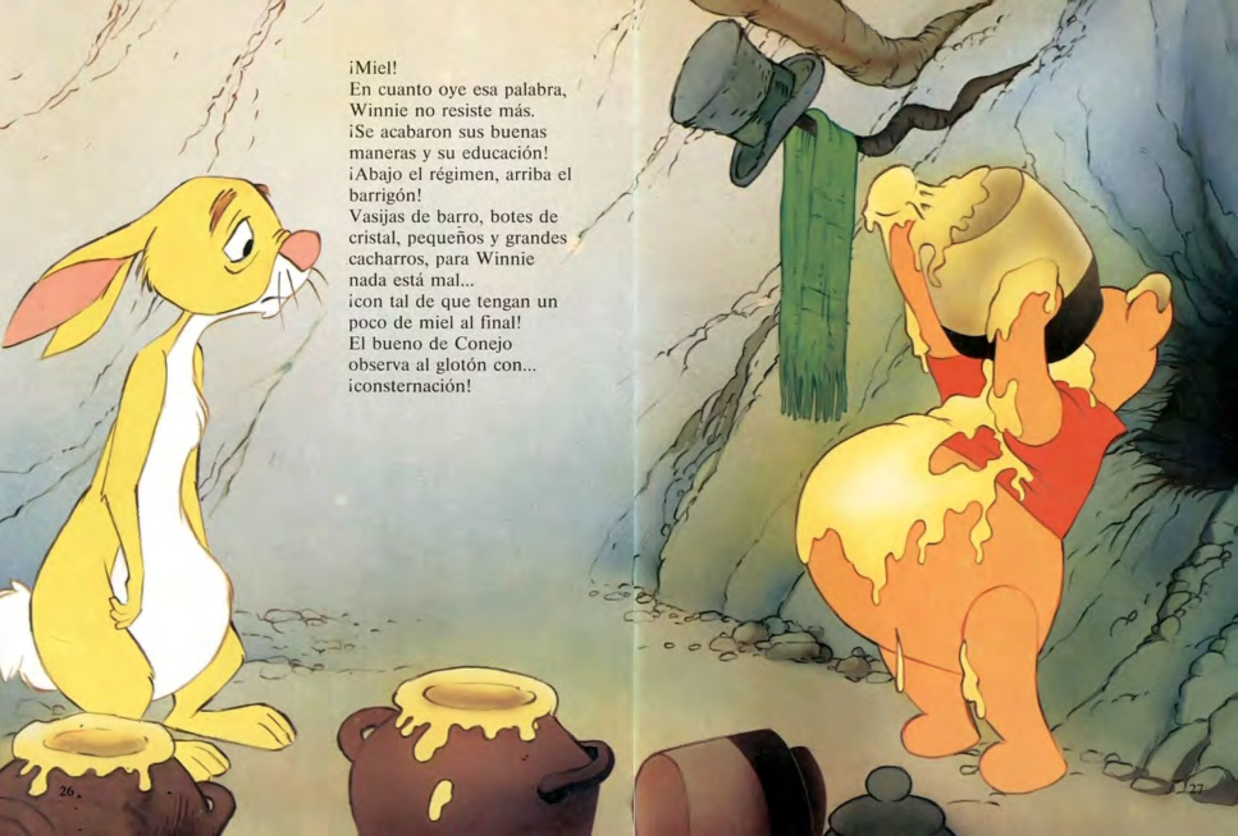
El ruidito que acaba de percibir le hiela hasta los huesos: pssssss......, pssssss.......... t.
—¡Me han pinchado el globo! —grita él—. ¡Me han pinchado el globo! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Me caigo! ¡Socorro! ¡Me caigo, me caigo, me caigo...!
Y cae, cae y cae.

Se ha caído.
Winnie está un poco deprimido después del duodécimo patinazo del día.
—Ve a buscar a Conejo —le aconseja Cristóbal.
—Es un tanto original —añade Búho—, pero sabrá subirte la moral...
—¡Y no hay nadie como él para calmar esta hambre!
Winnie cae en la cuenta rápidamente.
Un par de saltos a través del bosque, y ya ha llegado. Justo en ese momento, Conejo va a desayunar...
—¡Buen provecho, Conejo! —grita a su espalda.
Conejo se sobresalta... y derrama su té.

Pero Conejo tiene buen corazón y, una vez reparados los desperfectos, le propone:
—¿Te apetecería comer alguna cosita?
Winnie se muere de ganas, pero se hace de rogar. Sabe que, si se deja llevar, los animales del barrio le cantarán su cantinela preferida:

¡Pequeña cabeza, gran barriga!
¡Gran barriga, busca comida!

—Es muy amable de tu parte, Conejo —responde él—, pero estoy a régimen, y si quiero guardar la línea...
—¡Tu línea! —insiste el conejo—. ¡No será una gotita de miel lo que estropee tu línea...!



¡Miel!
En cuanto oye esa palabra, Winnie no resiste más.
¡Se acabaron sus buenas maneras y su educación!
¡Abajo el régimen, arriba el barrigón!
Vasijas de barro, botes de cristal, pequeños y grandes cacharros, para Winnie nada está mal...
¡con tal de que tengan un poco de miel al final!
El bueno de Conejo observa al glotón con... ¡consternación!

¡Ha vaciado por completo todos los botes!
—¿Estás contento ahora? —le pregunta Conejo.
—¡Muy contento..., hip! —responde Winnie—. Pero me temo..., que estoy cansado..., ¡hip!, ¡hip! ¡Debe de ser producto de una digestión pesada!
—Eso será —suspira Conejo—. Vuelve a tu casa y acuéstate hasta mañana... ¡Te lo has merecido!
Así lo cree Winnie. Pero, al intentar pasar por la puerta, su barriga se atasca y ¡ni para adelante ni para atrás! ¡Se pone hecho una furia!
—¡Esto es una casucha! —grita—. ¡A mí me daría vergüenza tener una puerta tan pequeña!

Los gritos del "prisionero" resuenan en el bosque. Búho, desvelado, viene a ver qué ocurre.
–¡Eres una planta plantígrada, Winnie!
–¡Muy gracioso! –contesta Winnie–. Es esta ridícula puerta: no era muy grande cuando he entrado, pero a la hora de salir, ¡crac!, ¡se ha encogido bruscamente!
–¡Sí que es mala suerte! –dice Búho, conteniendo la risa. Pero, como es buena persona, añade:
–¡Cálmate, voy corriendo a buscar ayuda!

Conejo es un artista.
Lo primero que pensó cuando vio ese gran trasero empotrado en su salón fue: “¡Qué espectáculo tan desolador!” Después se estrujó el cerebro y en seguida... saltó la chispa: “Un bonito tablero sobre los talones, una rama por aquí, una rama por allá, algún adorno de porcelana, un candelabro caro y..., ¡ya está!, producto de mi cabeza, ¡un velador que es una belleza!”.

El otro extremo del "velador" tiene un aspecto "mucho más triste". Sin embargo, Búho ha cumplido lo que prometió. Ha enviado a Marmota, una especialista en "atascos", que llega cantando:

¡W. C., orejas y lavabos!
¡Ensanchar lo estrecho es trabajo hecho!
¡Agujeros de nariz o botellas,
lo que me quieran dar, conseguiré desatascar!
¡Pero atención, atención,
cuando es un oso
el tapón,
no es cosa de diversión!

Como cantaba Marmota, el "descorche" de Winnie no era tarea de fácil solución.
Por mucho que usara de toda su ciencia y pusiera en ello su corazón, ¡el oso no se movió ni un pelo! Habría que decir que, a modo de utensilios, llevaba en su caja infinidad de cosas buenas para comer. Incluso... ¡MIEL! ¡Daos cuenta! El oso suplicó tanto que no tuvo más remedio que darle algo... ¡y su barriga ha aumentado!
Justo en ese momento, Cristóbal y sus amigos aparecen. Estudian el terreno, dan vueltas al problema, se ponen de acuerdo y deciden:
–Winnie, ni una gota más de miel, ni un terrón de azúcar, ni una onza de chocolate: tienes que adelgazar, ¡es la única solución!

Así pasaron diez días... Diez días y diez noches con el trasero cubierto, pero ¡con la cabeza bajo la lluvia! ¡Diez días sin azúcar, sin miel, sin chocolate! Menos mal que todo los amigos de Winnie están allí. Siempre hay alguno cerca de él para decirle adivinanzas, cantarle canciones o contarle historias. Al fin, cuando llegó el undécimo día...
—Creo que —gruñe él—, ... tengo la impresión..., me parece..., yo diría...
—¿Dirías qué? —se impacienta Cristóbal.
—Yo diría que..., ¡que he adelgazado!
—¡ADELGAZADO!
El niño llama en seguida a todo el mundo... ¡y de todo el bosque llegan animales para liberar a Winnie!

Después de haber sido liberado por sus amigos, ¡Winnie se vuelve loco por cada detalle de la vida! ¡Cualquier cosilla le encanta!
Puede pasarse horas al pie de una encina, sintiendo soplar el viento...
Precisamente hoy, el viento está haciendo de las suyas: silba entre las ramas, sacude los árboles, hace volar las hojas.
¡Y no solamente las hojas!
–¿Estaré soñando? –se pregunta el oso.

–¡Claro que no! No estás soñando, Winnie. Sí, soy yo, tu amigo Lechón.
Él es tan ligero, incluso con su escoba, que la tempestad le lleva donde quiere...
–¡Eh! ¡Lechón! ¿Pero dónde vas así?
–Precisamente eso era lo que me estaba preguntando. ¡Winnie, ten cuidado tú también!

El viento se hizo entonces más violento... y ¡he aquí que nuestro Winnie sale volando!
–Espérame, Lechón, ¡espérame!
Le engancha por la bufanda, pero el viento tira tan fuerte que la bufanda se deshace... y Winnie se encuentra por los aires, llevando del extremo de un hilo a un curioso cerdo volador... que patalea, patalea y patalea.

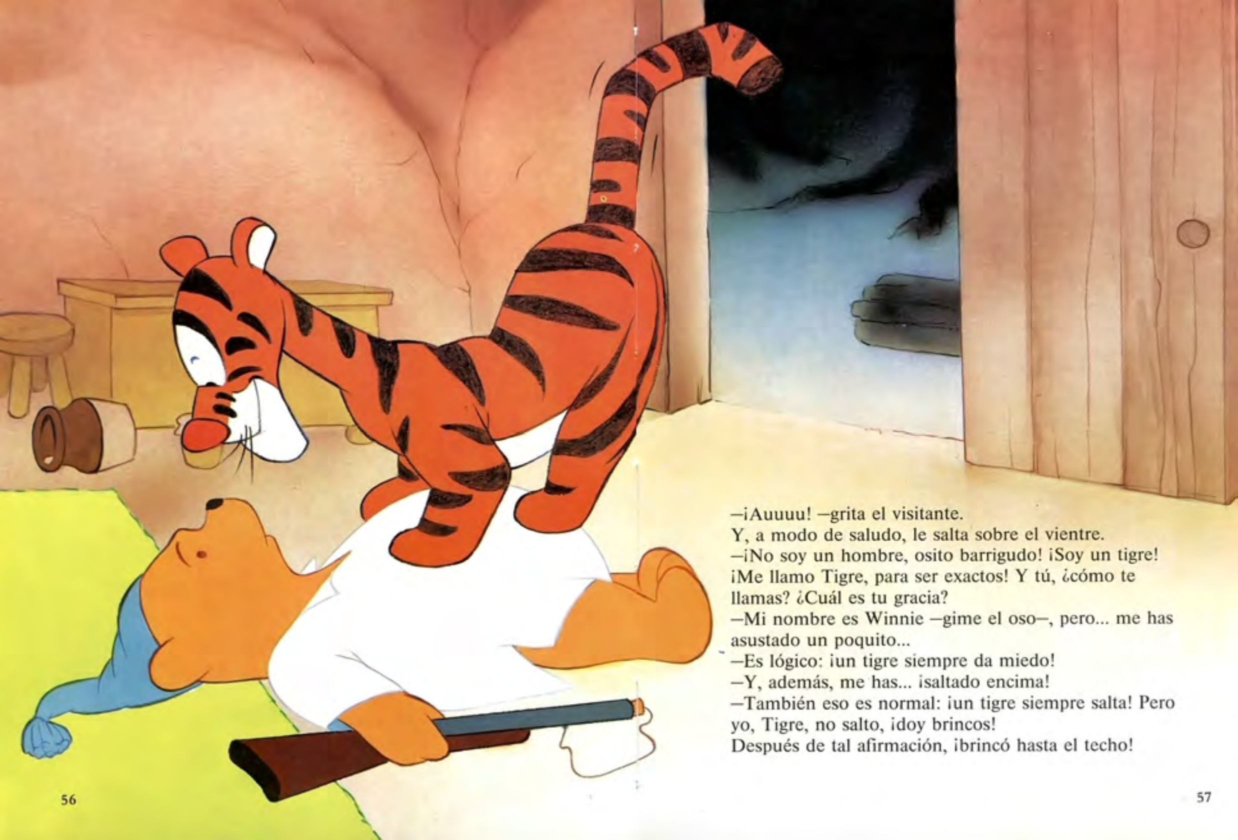
Una ráfaga más fuerte que las otras y, ¡crac!, el hilo se rompe. Lechón se agarra a un árbol... pero Winnie sale disparado hacia delante y... ¡boum! ¡El oso acaba de tropezar con la casa de Búho! La puerta se abre sola por la violencia del choque...

—¿Qué buenos vientos os traen, amigos míos? ¡Sentaos, por favor! —dice el ave nocturna.
En su casa colgada, Búho ya se ha acostumbrado a los vendavales. Borrascas, tormentas, truenos, nada le asusta. Incluso tiene una mecedora: cuando hay viento, ¡es mucho más divertido! Las sillas en que aterrizaron Winnie y Lechón no son mecedoras, ¡pero se balancean exactamente igual!

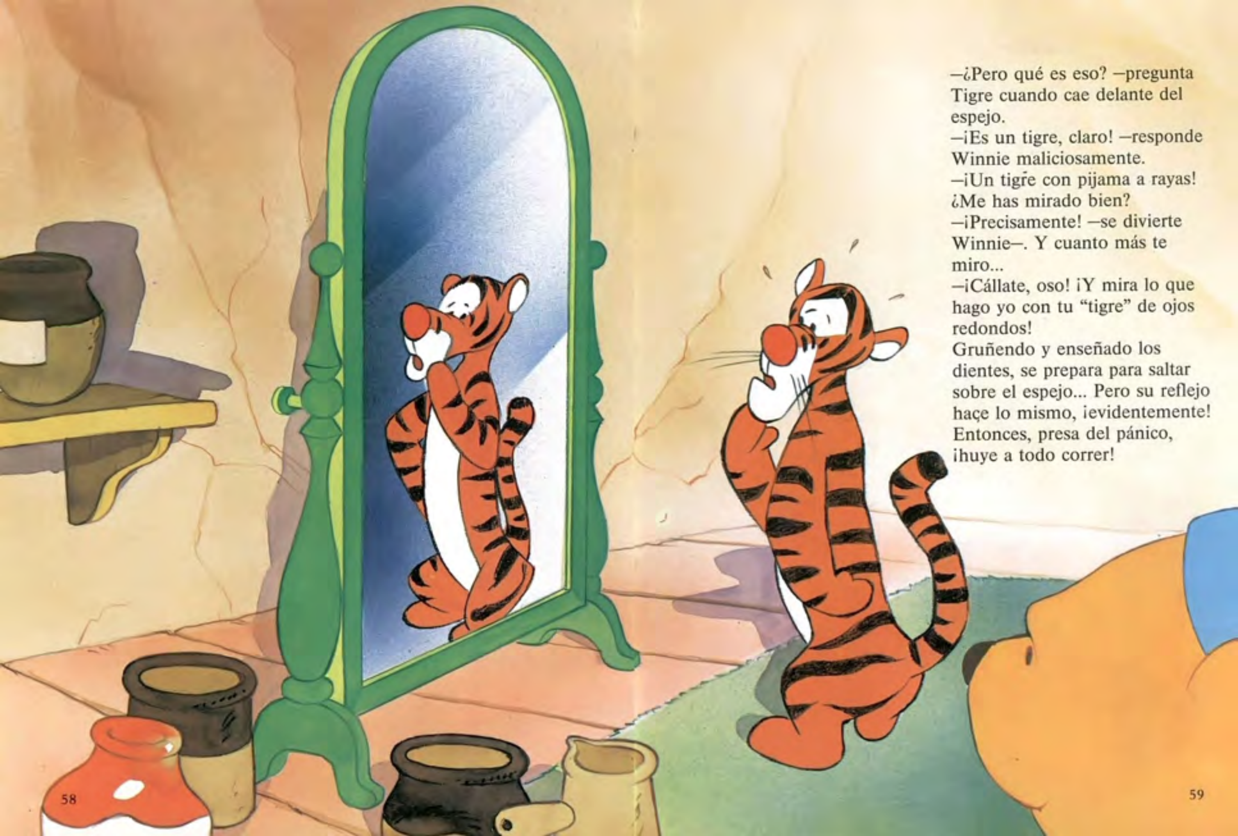
¡La casa se balancea también!
Puertas y cajones se abren solos,
y la vajilla, que ya empezaba a
aburrirse, ¡abandona los
estantes!
El techo y las paredes se separan. En cuanto a
Búho, se divierte como un loco: ¡menuda sesión
de mecedora! Lo dicho, todo el mundo está
contento. Todo el mundo excepto Lechón y
Winnie: ¡para ellos esta tormenta es un engorro!

El mareo de Winnie continúa
¡incluso cuando está en la cama!
Contraventanas que golpean,
la chimenea que ruge,
relámpagos, truenos... ¡Seguro
que el Cielo está furioso!
—¡Dios de los osos —suplica
Winnie—, ten piedad de mi casa!
Y vuelve a ver, con horror,
la de Búho hecha mil pedazos...
—¡Dios de los oseznos, te pido
que la noche vuelva a ser
apacible!
Pero es un rayo quien responde.
Se esconde bajo las sábanas,
se tapa las orejas,
cierra los ojos...
Cuando los vuelve a abrir
ya sólo oye la lluvia sobre los
cristales. Suspira. Pero, de
pronto: rasc..., rasc..., rasc...
¡Qué ruido tan raro!

–¡Un ladrón! –se dice Winnie–. Seguramente es un ladrón que aprovecha la tormenta para acercarse a mi casa. ¡Menos mal que estoy armado!
Saca de debajo de la almohada una escopeta con un corcho... y se levanta.
–¡Ja! ¡Ja! ¡Quien ríe el último ríe mejor!
Dicho esto, abre la puerta de golpe.
–¡Arriba las manos! –ordena.
Pero no se ve a nadie.
Él insiste:
–¡Acércate un poco si eres hombre!



—¡Auuuu! —grita el visitante.
Y, a modo de saludo, le salta sobre el vientre.
—¡No soy un hombre, osito barrigudo! ¡Soy un tigre! ¡Me llamo Tigre, para ser exactos! Y tú, ¿cómo te llamas? ¿Cuál es tu gracia?
—Mi nombre es Winnie —gime el oso—, pero... me has asustado un poquito...
—Es lógico: ¡un tigre siempre da miedo!
—Y, además, me has... ¡saltado encima!
—También eso es normal: ¡un tigre siempre salta! Pero yo, Tigre, no salto, ¡doy brincos!
Después de tal afirmación, ¡brincó hasta el techo!



—¿Pero qué es eso? —pregunta Tigre cuando cae delante del espejo.
—¡Es un tigre, claro! —responde Winnie maliciosamente.
—¡Un tigre con pijama a rayas! ¿Me has mirado bien?
—¡Precisamente! —se divierte Winnie—. Y cuanto más te miro...
—¡Cállate, oso! ¡Y mira lo que hago yo con tu "tigre" de ojos redondos!
Gruñendo y enseñado los dientes, se prepara para saltar sobre el espejo... Pero su reflejo hace lo mismo, ¡evidentemente! Entonces, presa del pánico, ¡huye a todo correr!

En cuanto Tigre desaparece, Winnie se duerme. ¡Sin siquiera meterse en la cama! Sueña sentado en el suelo, con su escopeta sobre el vientre y su miel a mano. Sueña que va por una ciudad llamada Mielópolis. Es una ciudad preciosa donde la miel corre a borbotones: en el río, en las fuentes... ¡y hasta en las cañerías! Los comerciantes de esta ciudad sólo venden miel: el carnicero, escalopes de miel; el panadero, panecillos de miel... en la cafetería, vasos de miel.
¡Incluso en la gasolinera hay un surtidor de miel!

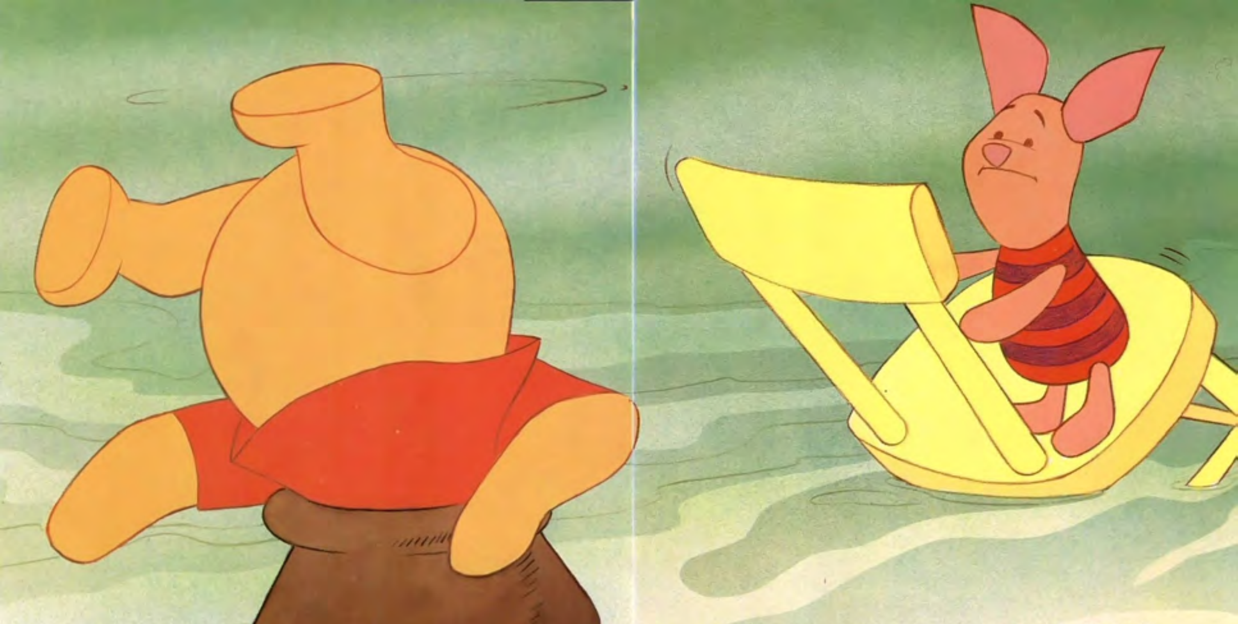
–¡Miel! –grita Winnie al levantarse sobresaltado. ¡Dios mío! El baño en el que chapotea no es precisamente un baño de miel. Es agua.
Ha llovido tanto por la noche que su casa se ha inundado y el agua le llega hasta la cintura.
–¡Mis tarros! –gime Winnie–. ¡Un minuto más, y se habrían hundido!

Winnie no ha perdido el tiempo. Ha subido a toda prisa sus magníficas reservas al gran árbol que cobija la casa. Desgraciadamente, sigue lloviendo... ¡Llueve tanto, que el bosque ya no es más que un lago inmenso que se extiende hasta el horizonte!

El agua sigue subiendo.
–Esta vez, mi viejo Winnie –dice para sí–, ¡ha llegado tu última hora!
Y entonces, para darse ánimos, canta este doloroso estribillo:

El pequeño oso no sabe nadar.
Pobrecillo Winnie, ¿qué le va a pasar?
Sólo hay una cosa que puede afirmar:
¡Antes de morir mejor reventar!

Y con estas nobles palabras, se mete hasta el cuello en uno de sus botes más grandes.



En esta postura, patas arriba y con el hocico en la miel, el agua venida del cielo arrastra a nuestro oso... ¡Aparece entonces otra embarcación! Desde luego no es menos original: ¡una silla de cocina que, mal que bien, consigue flotar! Y, sobre la silla...

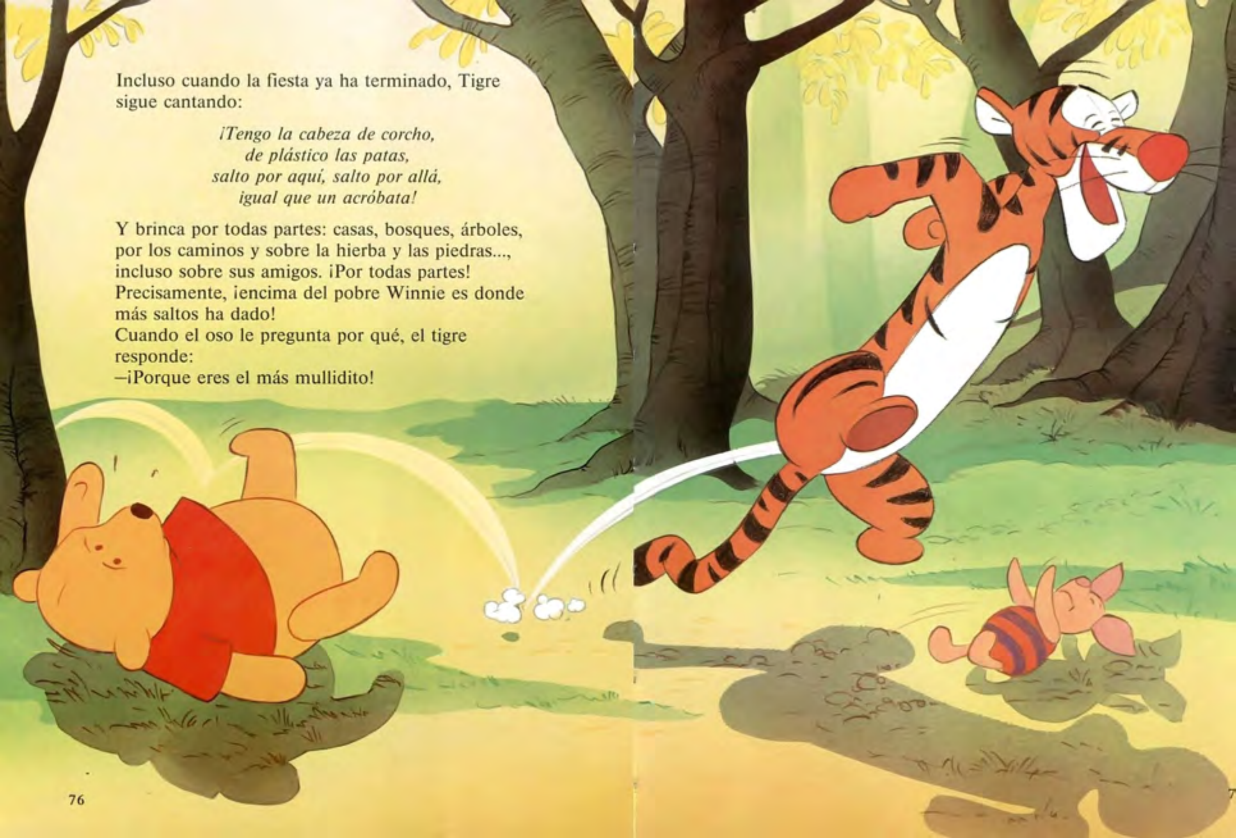
—¡Winnie! ¡Soy yo, Lechoncito! —grita el gentil cochinito—. ¡Winnie! ¿Me oyes? ¿Me oyes?...

Pero cuando, desde el fondo de su tarro, Winnie cree reconocer la voz de su amigo, justo en ese momento...
¡Braaaaaaaaaaaaaaaaa.........aum!
Los dos amigos son sacudidos, machacados, derribados, arrastrados... ¡
por la más espantosa de las cataratas! ¡Winnie ha salido despedido del tarro, y Lechoncito ha perdido su "balsa"!

Pero si hay un buen Dios de los osos, también hay uno de los cerditos: tras el chapuzón, nuestros amigos salen "sanos y salvos" a la superficie.
¿Y quién está en la orilla para echarles una mano? ¡Cristóbal! Y tras él, ¿quién espera para festejar la aventura?... ¡Ese gran bobo de Tigre con rayas!

¡Después del esfuerzo, la recompensa! Cuando por fin deja de llover, Cristóbal decide ofrecer a sus amigos un banquete en honor de los valerosos náufragos. Lechón está a sus anchas, y Winnie, en el paraíso. (¡Hay miel en todos los alimentos, incluso en los rábanos!) Pero el más excitado, el más emocionado, el más charlatán sigue siendo ese dichoso Tigre con bañador. Canta a mandíbula batiente:

De todos los tigres de África,
el único, el verdadero,
el más simpático y el magistral
soy yo, Tigre, ¡el genial!



Incluso cuando la fiesta ya ha terminado, Tigre sigue cantando:

¡Tengo la cabeza de corcho,
de plástico las patas,
salto por aquí, salto por allá,
igual que un acróbata!

Y brinca por todas partes: casas, bosques, árboles, por los caminos y sobre la hierba y las piedras..., incluso sobre sus amigos. ¡Por todas partes! Precisamente, ¡encima del pobre Winnie es donde más saltos ha dado!
Cuando el oso le pregunta por qué, el tigre responde:
–¡Porque eres el más mullidito!

—Y ¿por qué en mi jardín? —se queja Conejo—; ¡en mis zanahorias, en mis coles!
—¡Porque así resulta más divertido!
¡Y brinca sobre las lechugas, se cuelga del ciruelo, trepa por el manzano y desbarata todo el peral!

—¡Esta vez has ido demasiado lejos! —grita Conejo.
—Además, tú mismo lo has dicho, ¡estás loco!, —le gritan Lechón y el oso.
En seguida lamentan sus palabras. Tigre no es tan malo y, después de todo..., ¡no tan loco!
—¡Se merece una buena lección! —insiste Conejo—. ¡Aunque no es malo, se pasa de juguetón! Para quitarle esas manías —sigue diciendo Conejo—, ¡nada mejor que un susto de los que no se olvidan!

¡Un buen susto! Lechón y Winnie están de acuerdo. Pero ¿cómo hacerlo?

–¡Perdiéndole en el bosque! –responde Conejo.

–¿Perdiéndole en el bosque? ¡Es un castigo demasiado duro!

–Confiad en mí, es por su bien.

Y, a la mañana siguiente, la pandilla se pone en camino. Tigre, que no sospecha nada, va delante, brincando como siempre...

–¡Escondámonos! –dice Conejo señalando un tronco de árbol caído.
Sus amigos obedecen..., sólo Tigre continúa.
–Cuando se dé cuenta de que ya no estamos, se volverá loco –explica Conejo–; gritará, llorará, rogará, suplicará...
–Entonces iremos a buscarle. ¡Ya veréis qué amable estará! Temblón, emocionado, ¡y sin dar ni un solo brinco! ¡Más suave que un guante!
–¡Es una idea genial! –reconoce Lechón.

Pero, cuando la pandilla sale del tronco, ¡horror!: la niebla ha invadido el bosque. ¡Y qué niebla! Espesa, heladora, ¡de las que casi se pueden cortar con un cuchillo! Winnie ni siquiera se distingue los pies y Lechón no ve más allá de la punta de su nariz.
En cuanto a Conejo, ¡un paso atrás ha bastado para que pierda de vista a sus amigos!

–¡Winnie! ¡Lechoncito! ¿Dónde estáis! ¡Vais a tener miedo si os quedáis solos en este bosque y os perdéis! ¿Dónde estáis? ¡Responded!

Pero, por ahora, es él quien se ha perdido y tiene miedo. El bosque está lleno de ruidos extraños, gritos de animales invisibles y pájaros que le rozan al volar en la oscuridad... ¡Y para colmo, empieza a nevar!

–¡Lo único que faltaba! –gime Conejo–. ¡Seguro que el pobre Tigre ya está muerto!

¿Tigre, muerto? ¡Conejo no le conoce! Ha salido rápidamente de aquella niebla dando un brinco tras otro. Incluso ha descubierto un lugar estupendo, lleno de nieve reluciente... ¡y un gran lago helado! Y ¿a quién se encuentra allí? ¡A Cangu y a Ro!

—¿Venís a patinar conmigo?

—¡Soy un poco mayor para eso! —contesta la señora Cangu—. Pero si mi hijo quiere acompañarte...

El pequeño Ro no se hace de rogar. En cuanto ve patinar a Tigre, ¡se queda maravillado!
—¿Qué te ha parecido esto? —pregunta Tigre, haciendo una pirueta.
—¡Verdaderamente pistonudo!
—¡ahora hacia atrás si quieres! —grita Tigre reculando.
Después, sin dejar de patinar, entona su canción preferida:

Tengo la cabeza de corcho
y de plástico las patas.
Salto por aquí, brinco por allá
igual que un acróbata.
¡Tigre sabe lo que se hace
cuando se trata de patinaje!

Canta tan alto que Conejo, que sigue perdido, le oye, y rápidamente grita:
—¡No tengas miedo, Tigre bonito, no tengas miedo! ¡Soy yo, Conejo! ¡Ya voy!
Y entonces, de la alegría, no mira dónde pone el pie y... cataplum!
—¡Cuidado con el hielo! —grita Tigre partiéndose de risa.

Ro se sube a la espalda del tigre y le pide que dé unos cuantos brincos.
—¿Brincos? —contesta Tigre—. ¡No podías haber elegido mejor! ¡Son mi especialidad! Agárrate bien a mi cintura —le avisa— ¡y vayamos en busca de la aventura!
Miradle, ¡a ese maldito Tigre, nada le da miedo! Colgado de su cuello, Ro grita como un loco:
—¡Más alto, Tigre, más alto!

Más alto, todavía más; tan bien lo hacen ese par de chiflados que, en el salto número 50, en lugar de volver a caer al suelo, ¡se encuentran en la copa de un árbol! ¡Y qué árbol! ¡Por lo menos de 30 metros! Sin embargo, cosa extraña, en cuanto deja de brincar, Tigre siente vértigo... ¡Cómo se agarra al tronco!
Ni siquiera se atreve a mirar al suelo...
Y mirad también a Ro: se ha caído de su “caballo” y, colgado de la cola de Tigre, cree que es Tarzán:
–¡Ahahahah! ¡A mí los elefantes!

Efectivamente, alguien viene..., pero no es un elefante: ¡es un oso! Después llegan un conejo de ojos pillines y un cerdito.
–¡Hola, amigos! ¡Haced algo, por favor! –suplica inmediatamente Tigre.
–¡Salvad primero a mi hijo! –dice mamá Cangu, que acaba de llegar.
Ella extiende su mandil y hace señales al niño para que salte.

Tarzán-Ro no lo duda ni un minuto: ¡es tan divertido! ¡Plaf! ¡Ya está en los brazos de su mamá! En esto, Conejo grita señalando la copa del gran árbol:

–¡Ahora, Tigre!

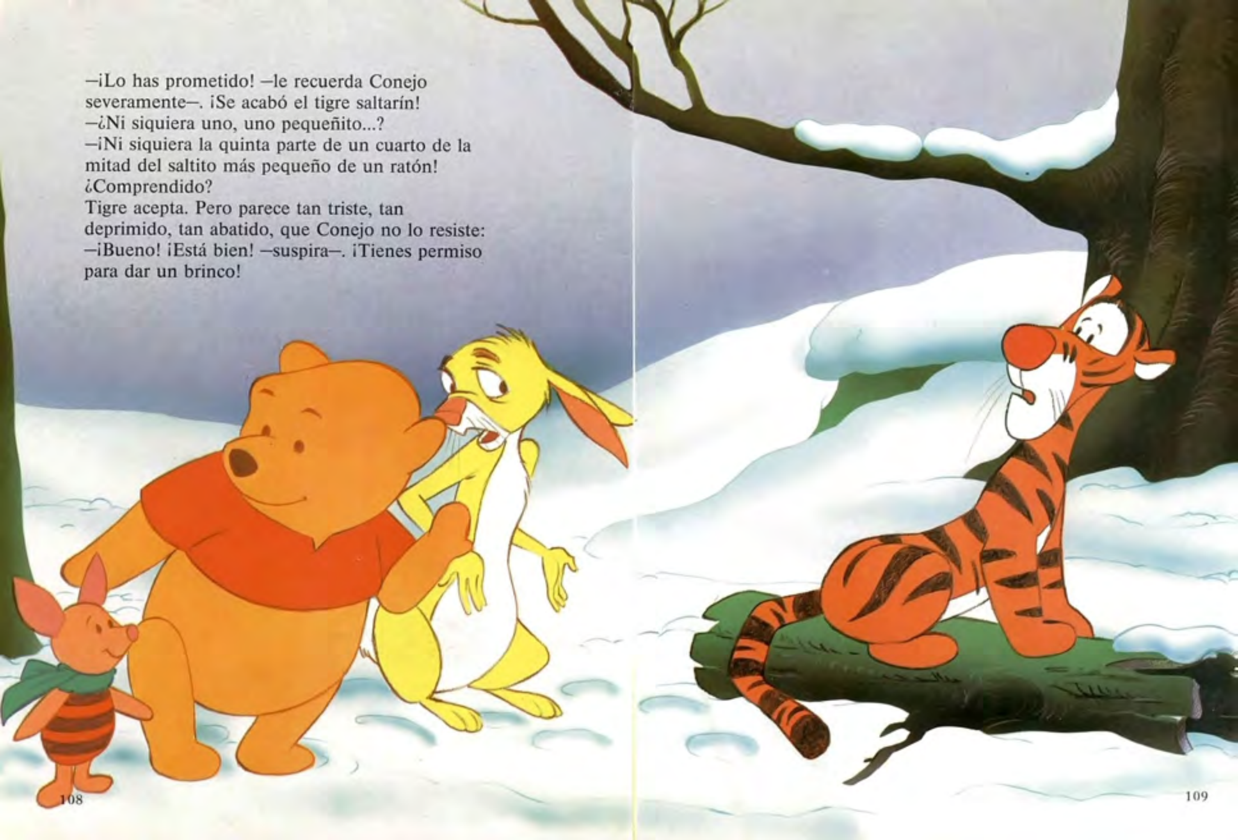
Pero Tigre hace como que no oye.

–¡Venga, Tigre, salta al mandil! –repiten a coro sus amigos.

Tigre ya no puede seguir haciéndose el sordo. Con voz seria, para esconder su miedo, aclara:
—Enteraos de que un tigre nunca salta: ¡brinca!
—¡Entonces brinca hacia abajo! —contesta Conejo.
—¡Un tigre sólo brinca hacia arriba!
—¡Pues quédate donde estás!
Al oírlo, Tigre se pone a llorar y Conejo, enternecido, promete ayudarle... ¡si promete no volver a dar un brinco!
—¡Lo prometo!
—Sube un poco más —ordena Conejo —y el árbol se doblará con tu peso...

¡Dicho y hecho!
–Conejo, ¡eres un conejo impresionante!
–exclama Tigre al poner pie en tierra.
El árbol vuelve a su sitio.
–Y a ti, Winnie, dice el tigre, te prometo no volver a brincar ¡ni en tu tripa, ni en tu espalda! Pero, ¿y si no puedo aguantarme...?

—¡Lo has prometido! —le recuerda Conejo severamente—. ¡Se acabó el tigre saltarín!
—¿Ni siquiera uno, uno pequeñito...?
—¡Ni siquiera la quinta parte de un cuarto de la mitad del saltito más pequeño de un ratón! ¿Comprendido?
Tigre acepta. Pero parece tan triste, tan deprimido, tan abatido, que Conejo no lo resiste:
—¡Bueno! ¡Está bien! —suspira—. ¡Tienes permiso para dar un brinco!



—¿Tengo permiso para dar un brinco?
¡Tigre se pone loco de contento! Tan loco que no puede esperar: abre los brazos, grita un fuerte "Hurra"... y sale disparado como un resorte.

Obras clásicas Disney

ISBN 84-392-8437-3
05118
9 788439 284376

Merlín el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, él ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores

Ediciones Gaviota, s.a.